



DE LA CULTURA Y LA CIENCIA

Por Mauro Armíño

CLÁSICOS PARA MUCHOS GUSTOS

Con el mazazo del más reciente informe Pisa, según el cual sólo el 20 por ciento de los jóvenes españoles de 15 años es capaz de manejarse satisfactoriamente con las nuevas tecnologías y leer bien en Internet –bajarse juegos, música, etc., parece que se le da, no en balde estamos a la cabeza de la piratería mundial... digo que, con ese mazazo, hablar de clásicos puede parecer cosa de sibaritismo oriental. Pese a la dureza de la vida cotidiana cae en el vacío una de las definiciones que da Italo Calvino sobre ellos: “Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo.” Quizá suene a contrasentido que una voz de hace veinte o cuatro siglos nos llegue con más fuerza vital que la última novela de costureras hecha por la vecina de enfrente; contrasentido que no ven los aficionados a los *best-sellers* y demás bazofia que llena las mesas de novedades de grandes almacenes. No lo es, sino resultado del sistema de enseñanza y de eso que llaman valores priorizados por el capitalismo financiero que al parecer nos dirige; ha llegado la crisis de consumo y el no saber leer a esos antepasados provoca esto: costureras, espadachines, ambientes medievales de falsas novelas históricas, etc., que hacen las delicias de los españolitos cuando dejan de ver el televisivo cotilleo, fútbol, etc.

La palabra misma de *clásico* da cierto miedo: palabras que la historia arrumbó en el olvido, términos desconocidos, orden sintáctico que va más allá de sujeto, verbo y predicado... Pero esos mismos defectos están en la vida cotidiana sin que se perciban como tales. “Era del año la estación florida / en que el mentido robador de Europa, / –media luna las armas de su frente / el sol todos los rayos de su pelo–, luciente honor del cielo, / en campos de zafiro pauce estrellas”... (cito de memoria el arranque de las *Soledades* de Góngora) no es más difícil de entender que la letra pequeña de las hipotecas bancarias o lo que discuten dos políticos enzarzados con los números de la economía. O que las letras en inglés de los cantantes de macroconcertos en un país donde no se nos mete eso de los idiomas pese a

los años y años que se repite el lema del inglés como imprescindible; debemos de ser duros de mollera.

Dos periodistas cuyo nombre no quiero recordar lanzaban las campanas al vuelo en marzo, en *La Vanguardia*, sobre el asunto de los clásicos: editoriales y lectores volcados sobre toda la retahíla de nombres desde Homero a Joyce pasando por Quevedo, Stendhal, Flaubert o Cervantes para mayor gloria y prez de este país de acérrima y arraigada cultura. Oír las cosas que los editores declaran a los periodistas da risa cuando uno los conoce y sabe que, a la mayoría, los lleva a publicar clásicos el disparadero en que está embarcado el mundo de la edición, esos 60-70.000 libros anuales. Publicarían hasta la guía telefónica, y como los clásicos ya están hechos, algunos editores compran y recompran viejas traducciones sin importarles los tijeretazos de la censura del franquismo (he hablado de ello en anteriores artículos, con títulos y ediciones concretas); en algunos casos, y no sólo en la Academia de la Historia, seguimos como en Irán: expurgan a sus clásicos si contradicen los valores del régimen; y no sólo sus clásicos, sino traducciones de García Márquez o de Isabel Allende pasan por la adaptación que exige el gusto de los censores.

Tampoco recordaré el nombre de otro periodista de *El País*, que en mayo se empinorotaba aseverando que por fin, después de dos siglos, la Academia Española “cumplirá uno de sus deberes a lo grande”, para secundar la campaña publicitaria de la Academia para la salida de “su” colección de clásicos españoles. “Uno de los artículos de los Estatutos señala como una de las obligaciones de la Academia la publicación de

obras clásicas en ediciones esmeradas y accesibles”, explicaba el académico Francisco Rico, admitiendo que “en general se había incumplido con esta obligación”.

En resumidas cuentas, en la presentación de la “Biblioteca de Clásicos de la Real Academia Española” acaba de hacerse, con fotos y demás martingalas publicitarias, la exaltación del nuevo proyecto de la Academia: 111 títulos de clásicos del español, con prólogos, apéndices, notas lingüísticas, históricas, etc. Pero es falso: ni el proyecto es nuevo ni es de la Academia, sino recuperación de otro abortado a poco de empezar. Se inició hace por lo menos trece años (tengo a mano mi edición de ese *Quijote*, es de 1998): la editorial Crítica empezó a poner en las librerías los primeros de los 111 títulos que, bajo dirección de Francisco Rico, iban a reunir a los mejores especialistas, españoles y extranjeros, de cada autor. Los 111 títulos son los mismos antes y ahora, las premisas



El ‘nuevo’ proyecto de la Academia: 111 títulos de clásicos del español, de empezar.



de edición idénticas, el director también: Rico. Pero la editorial Crítica no tardó en ver que, pese a la calidad, las ventas no daban para mucho. Alguien tenía que correr con las pérdidas y las colaboraciones en algunos libros (en *El Quijote* la edición es del Instituto Cervantes) no bastaban.

Aquella Biblioteca clásica vuelve ahora, con ese otro nombre, gracias a los auspicios financieros de la Obra Social de La Caixa y a Galaxia Gutenberg y el Círculo de Lectores que se encargan de la edición y la distribución. La Academia no pone un duro, al parecer, sólo el supuesto prestigio que tiene para adornar la portada con su sello. Lo curioso es que, en la presentación en sociedad de la colección, nadie haya dicho nada –mentira por omisión– del proyecto sobre el que se monta la *nueva* colección; y que el antiguo director de la Academia, ahora presidente honorífico –no dejan cargos, medallas, distinciones y demás vanidades ni aun-

que estén jubilados–, y principal ministro de Propaganda, García de la Concha, repita eso de que “esto debe ser una Pléiade” (nada que ver con la Pléiade, es distinto el plan, el sistema de análisis y estudio, etc.). Y, a algunos por lo menos, les sorprende también que con los 3.686.800 euros anuales que, según el BOE, recibe la Academia del Estado, no gaste algún dinero en esto.

Los primeros títulos ya están en librería: *La vida del Buscón* de Quevedo; los *Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo; la *Gramática sobre la lengua castellana*, de Nebrija; el *Cantar de Mío Cid*... Algunos, por ejemplo los *Milagros* o el *Buscón*, ya fueron editados por Crítica; es de suponer que entreveren títulos nuevos con los viejos editados. Tanta propaganda y tanta verdad encubierta no empece para afirmar que estas ediciones son lo mejor que se ha hecho nunca filológicamente sobre nuestros clásicos; algunos autores de ese canon de 111 son discutibles; otros, re-

cuperaciones de interés (las *Memorias* de Gómez de Avellaneda); otros parecen figurar por necesidades filológicas o históricas, etc. Pero, en fin, a ocho volúmenes por año, nos plantaremos (con mi probable ausencia) en el 2020 o el 2025 con unos títulos imprescindibles bien resueltos.

Otros clásicos. Pese al entusiasmo de algunos, los editores de clásicos se quejan lastimeros de nuestra falta de apetencia por ellos; pero no cejan y una y otra vez abren colecciones: recientemente la editorial Siruela y la más joven Treviana lo han hecho: Balzac, Zola, Twain, Brontë, Henry James, Evelyn Waugh... Algunas editoriales ya se acercan o superan el centenar de títulos, como Alba Clásicos o Valdemar; si la primera cubre bien los escritores de lengua inglesa, la segunda lo hace con los franceses (Proust, Víctor Hugo, Apollinaire, por ejemplo) y es la editorial más especializada en clásicos del terror (Poe, Potocki). Mezclando clásicos con modernos hay otras editoriales, una veintena en total, que, en bastantes casos, cuidan las traducciones, aportan novedades o revisan títulos ya conocidos: desde Alianza Editorial, que tiene un fondo de tres décadas, hasta Acanalado (Montaigne, Chateaubriand), pasando por Mondadori, que renueva bien (no siempre) títulos tan clásicos como *Bouvard y Pécuchet*, por Nórdica (cubre los escritores del Norte de Europa sobre todo), Navona, Periférica, Alfabetia, Fórcola, Páginas de Espuma..., pequeñas editoriales casi desconocidas que van haciendo una labor de descubrimiento de títulos olvidados de grandes autores. A un lado queda Cátedra, con su doble colección de españoles y extranjeros, que resiste como puede esa desafección de los lectores: unos cuantos títulos de obligada lectura en institutos (el *Lazarillo*, la *Celestina*, *Fortunata* y *Jacinta*, etc.) le permiten editar autores de venta más bien escasa, como los recientes títulos de Miguel de Carrión, Tomás Morales o una antología de García Montero, ya anotado. Se quejan de que el horno no está para bollos, de que la cultura de esta sociedad tampoco da para mucho... pero, menos mal, siguen. Mírese, por ejemplo, el catálogo de Cátedra de escritores extranjeros, y el esfuerzo se comprueba a simple vista; es más, cuesta comprender que nuestra sociedad se merezca ese esfuerzo. ●



con prólogos, apéndices, notas lingüísticas, históricas, etc., ni es nuevo ni es de la Academia, sino recuperación de otro abortado a poco